

IV



Terminaba el festín.

En la insinuante penumbra de los triclíneos, jóvenes patricios, coronados de verbena, acariciaban con sus pálidas manos enjovadas las ambiguas testas de hermosos ganimedes.

Las cortesanas encubrían el misterio de sus voluptuosidades bajo la gasa de los velos.

Las cíteras gemían extenuadas en un trémo-

## FRANCISCO VILLAESPESA

lo de besos, y danzarinas orientales, arqueando lascivamente los brazos tatuados, agitaban sus piernas y sus vientres morenos en la embriaguez cataléptica de la danza. Simulaban los divinos estertores de las bacantes en los festivales nocturnos del dios de los pámpanos, ó la sorpresa imprevista de las ninfas al retorcerse de placer entre los brazos robustos de los faunos sedientos de amor y ebrios de vino.

Dyonisios permanecía inmóvil, reclinado en su rico lecho de marfil y sándalo, extraño á todo, como un sonámbulo extraviado en las profusas marañas de un laberinto.

En vano Lais intentó reanimarle.

En vano las manos de la bella hija de Lesbos, manos irreales de luz y de armonía, enjoyadas con su propia belleza, se enredaron en una caricia de suavidad á sus cabellos, y las sintió

## ZARZA FLORIDA

temblar, después, deslizándose como serpientes de tentación y de fiebre, á lo largo de su carne, bajo la seda cálida del manto.

En vano los ojos amados, cambiantes como las linfas al sol: ojos que, siendo negros, tenían reflejos azules al encenderse, chispas de oro al entornarse y verdóres de planta acuática en la estrábica dilatación del deseo; en vano aquellos ojos se abrieron en claridades fosfóricas, mirándole con una fijeza irresistible, húmedos de ternura, extenuados en una invitación desesperada, hasta cerrarse en el divino simulacro, bajo el temblor de los párpados agonizantes.

Los labios temblaron, sangrando besos, como los bordes de una herida fresca, dejando ver entre la nacárea blancura de los dientes la llama sutil y móvil de la lengua, esperando la avidez de los besos mortales. Y los brazos ebúrneos,

## FRANCISCO VILLAESPESA

cargados de manillas de oro, resplandecientes de escamas de pedrería, intentaron inútilmente enroscarse á su cuello, invitándole á apurar sobre las erectas magnolias de los senos el licor sagrado que da la vida y que á veces también causa la muerte.

Los ojos fatigados de Dyonisios se clavaron en las hondas pupilas absorbentes, hallándolas tan extrañas, tan otras, que volvieron á cerrarse para continuar mirando en su interior los confusos y remotos panoramas de su ensueño.

Lais inclinó la frente, y curvando su grácil cuello de cisne, besó con suavidad los párpados herméticos, maternalmente, como si fuesen los de un niño enfermo á quien se teme despertar.

Dyonisios sentía su carne muerta en la gárrula banalidad de aquel festín, donde las líneas

## ZARZA FLORIDA

clásicas de la Belleza saltaron brutalmente rotas, con los pedazos de la primera ánfora que un convidado ebrio arrojó sobre el policromo mosaico del pavimento.

Se daba á sí mismo la sensación de ser alguna de aquellas viejas momias enfajadas de unguentos, que en sus viajes al país de los Faraoes había visto tantas veces, presidiendo los más equívocos y escandalosos banquetes.

Su espíritu le abandonaba, arrastrado por ignotos impulsos hacia vértices desconocidos, desde los cuales veía los objetos y los seres como á través de altas aguas turbias.

Y á veces la figura apostólica de Pablo de Tarso aparecía nebulosa, con los brazos tendidos hacia el cielo, como señalándole un nuevo dromo á su espíritu, anhelante de fúlgidas metas de reposo.

## FRANCISCO VILLAESPESA

Los esclavos cambiaban las últimas coronas á los convidados.

Céleres niñas, desnudas, con los cabellos en-  
guirnardados de narcisos, escanciaban con bel-  
los gestos escultóricos, en frágiles vasos co-  
rintios, ventrudos odres de Chipre y de Samos.

De los trípodes de plata oxidada subía el  
humo azuloso de las resinas de Oriente.

La música de perfumes y de agua de los sur-  
tidores refrescaba la pesadez del aire, mientras  
la lluvia de pétalos de rosa descendía de los  
velarios de seda, cada vez más suave, en un  
revuelo acariciante de alas de mariposas.

Dorión, un joven de ambigua belleza dioni-  
siaca, envuelto en una túnica de púrpura fran-  
jeada de oro, pesada y suntuosa como la de  
un sátrapa, con los brazos, las piernas y las ore-  
jas agobiadas de ajorcas y pendientes, levan-

## ZARZA FLORIDA

tándose perezosamente sobre el codo, dijo de  
pronto á Licino, célebre filósofo cínico, que en  
el lecho cercano se rascaba la áspera y punzan-  
te maraña de las barbas:

—¿Por qué, mi pobre amigo, andas así, des-  
greñado, descalzo y sin túnica?

—Porque así me encuentro bien. Tengo lo  
preciso. Á mis pies les basta con la tierra que  
pisan, y á mi carne con este manto raído y  
agujereado como el de uno de esos mendigos  
que te asaltan por las tardes, en la vía de los  
perfumistas y junto al muro de cerámica, in-  
quietándote con la exhibición de sus llagas y  
con la implorante salmodia de sus súplicas.  
Mas, ¿crees, por ventura, que mi cuerpo está  
más deteriorado que el tuyo?

—No. Pero rechazas inútilmente todos los  
dones que los buenos dioses prodigan, á manos

## FRANCISCO VILLAESPESA

llenas, sobre los mortales, para atestiguar su poder y misericordia. Eres lo mismo que el infeliz desfallecido de hambre, que en vez de aceptar las viandas que una mano caritativa le ofreciera, las arrojase á los perros famélicos que vagan hociqueando, al amanecer, en los despojos de los mataderos y entre la basura de los mercados.

—No desprecio nada. Mas no soy como vosotros que amáis lo superfluo sobre todas las cosas, y hacéis de vuestros semejantes asnos de carga, obligándoles á llevar colgadas del cuello vuestras literas.

Las mujeres tienen más necesidades que los hombres, y los débiles más que los fuertes. Los dioses no tienen ninguna.

¿Tú crees que á Hércules y á Teseo les obligó la necesidad á ir sin más vestidos que las

## ZARZA FLORIDA

pieles de las fieras y de los monstruos que ellos mismos desquijaban?

Poseían las riquezas y el poder, y, sin embargo, quisieron andar así; y antes se dejarían rasurar sus melenas los leones que ellos sus barbas.

Las mujeres, á su lado, sentían el acre y potente olor á macho, y les amaban.

Lais, la famosa cortesana, prefirió siempre las rudas caricias del inmundo Diógenes á los refinamientos del elegante Aristipes.

Vuestro aspecto recuerda al de los bardejos que se ofrecen por unas cuantas baratijas en los muelles de Alejandría y de Corinto, y á la entrada de la puerta de Difilo, compitiendo en fastuosidad con las más ricas prostitutas.

Á fuerza de acicalaros habéis perdido la virilidad de las antiguas estatuas. Si hoy no exis-

## FRANCISCO VILLAESPESA

ten escultores dignos del preclaro prestigio de este nombre, es porque han desaparecido las bellas formas heroicas.

Vestís como los hetairas y acabaréis por cubrir vuestras cabezas con las doradas pelucas cortesanas.

Nada os conforma y de todo os quejáis, impertinentes como niños y lacrimosos como plañideras.

En las antiguas aljabas se enmohecen las flechas, porque vuestros brazos no pueden tender el arco glorioso de nuestros abuelos.

Rechazáis el óleo fortificante y los alegres juegos del gimnasio, ungiendo vuestros miembros con los más exquisitos perfumes y deformándolos en la ociosidad.

En vez de alzaros virilmente contra el poder de Roma, doblegáis el cuello bajo el látigo de

## ZARZA FLORIDA

los Procónsules. Y desde la cima del Capitolio, la loba romana, señora del mundo, se ríe despectivamente de vuestros gestos de histriones y de vuestros panegíricos de sofistas.

Ignorantes del verdadero camino, seguís sólo el que os marcan vuestras necesidades. Incapaces de domeñarlas, os dejáis esclavizar por ellas.

Os semejáis á aquel pobre hombre de la fábula que montó un potro sin domar.

Un amigo que casualmente pasaba, le preguntó:

—¿Dónde vas?

Y el infeliz, temblando de miedo, le respondió, señalando su cabalgadura:

—¡Donde ésta quiera!

—¡Que no grazne más ese grajol!—interrumpió la voz áspera de un comensal.

## FRANCISCO VILLAESPESA

Dorión le arrojó una ostra, y Glycera el pedazo de melón que tenía entre los dientes.

Licino sorbióse filosóficamente la ostra y terminó de apurar la raja de melón.

—¡Á bañar ese perro sarnoso! ¡Á bañarle!—  
vociferó Glycera.

Y las cortesanas, desgredadas, con los senos colgando por encima de las túnicas manchadas de vino, en una furia infernal de gritos y de carcajadas, se abalanzaron sobre el pobre filósofo, dispuestas á consumir la amenaza en algún pletórico tonel.

El mísero Licino se revolvía ridículamente entre aquellas manos ávidas y febriles, que le estrujaban, arrancándole á jirones el manto y dejando al descubierto, entre los harapos, su áspero pecho de jabalí y sus lanudas patas de chivo.

## ZARZA FLORIDA

Dyonisios, que había escuchado las palabras del filósofo como si fuesen el eco de sus propios pensamientos, se levantó rápido á socorrerle, y con la ayuda de sus esclavos consiguió arrebatarse á las cortesanas.

Las bailarinas, agotadas por el frenesí de la danza, yacían inmóviles sobre ricos tapices de Persia, mostrando su desnudez marchita y estragada entre jirones de velos desgarrados y fragmentos de flautas y de címbalos rotos.

Algunas teas se consumían arrojando temblorosas zonas de luz sobre las paredes pintadas, como sombras de pájaros errantes que vagasen aturdidos en el aire buscando por dónde escapar.

La última perla de la clepsydra marcó la media noche.